

Espacialidad y temporalidad en la lucha por la emancipación de América Latina. Desafíos y amenazas

Dr. Hugo Moldiz Mercado

Investigador y escritor boliviano

Nuestra América se encuentra viviendo, con inusitada fuerza y en un terreno lleno de peligros, su tercera ola emancipadora. La disputa entre la dominación del imperialismo y la emancipación de los pueblos se registra en un momento en que se hace cada vez más evidente a escala planetaria la explotación extrema de quienes solo cuentan con su fuerza de trabajo para sobrevivir, al grado tal que incluso la generación de riqueza puede prescindir de ella, pero también en un momento en que la irracional explotación de los recursos naturales y el incontrolable desarrollo de las fuerzas productivas está provocando cambios climáticos que ponen en juego el destino de todas las formas de vida.

El capitalismo recurre, en su desesperada búsqueda de reproducción, a todas las formas inimaginables de enajenación, ilusorias y reales, para tratar de escapar de una crisis multidimensional —energética, financiera, productiva, política y social— que no ha podido disminuir en intensidad a pesar del empleo de la guerra como método para salir de ella, tanto de las guerras desarrolladas a través de intervenciones directas en el Medio Oriente y el Golfo Pérsico, como las instrumentalizadas mediante la amenaza del uso de la fuerza contra Corea del Norte, Irán y Siria, o por la vía de la ampliación de sus bases militares en América Latina. De hecho, a pesar de que todavía no se pueden sacar conclusiones definitivas, es poco probable que la aplicación de ciertos

mecanismos propios de la acumulación originaria del capital, en las condiciones del siglo XXI, puedan dar el resultado que espera el capitalismo para asegurar su reproducción ampliada. Pero, al mismo tiempo, es seguro que las únicas víctimas serán las economías pobres del planeta y sus respectivas poblaciones.

En esa estrategia global de dominación, América Latina representa para el imperialismo un obstáculo a considerar pues, si bien con altibajos y bastantes contradicciones, en esta parte del mundo se están desarrollando variadas formas de rebeldía y, sobre todo, intentos de anteponer proyectos civilizatorios distintos a una modernidad que y estadounidense, ha condenado a una amplia mayoría de latinoamericanos a la exclusión en sus más variadas formas y ha decidido que, como dice Eduardo Galeano, su riqueza en términos de recursos naturales signifique la pobreza y miseria de sus habitantes.

En América Latina existe la posibilidad de encontrar una salida que aporte al proceso de emancipación de los hombres y mujeres en esta parte del continente y, por tanto, también la condición de posibilidad de aportar a la construcción de otros proyectos emancipadores, de otros pueblos del mundo, cada cual con su especificidad. Una de sus fuentes es la emergencia de los pueblos indígenas, cuya fuerza y manera de ver el mundo nos conducen a ensayar una reinterpretación de la historia del Abya Yala o de Nuestra América, que cuestiona, como es obvio, toda la historiografía oficial y también, en algunos aspectos, la escrita por un tipo de historiografía marxista que ha sido tan entusiastamente moderna —ignorando que Marx hizo una crítica radical a la modernidad—, que ha contribuido, quizá sin pretenderlo, a una invisibilización de los pueblos originarios o indios.

Consideraciones previas

Sin embargo, para tener una aproximación lo más objetiva posible a las características y a las diferentes fases de este tercer momento emancipador, quizá es importante tener en cuenta algunos elementos teóricos, resignificados a la luz del siglo XXI.

En primer lugar, los tiempos del capitalismo y los tiempos de la emancipación son distintos. Para el capitalismo su reproducción ampliada y originaria le demandan que el tiempo pase cada vez más rápido. El capitalismo requiere producir cada vez más plusvalía en menos canti-

dad de tiempo como manera de contrastar la caída de la tasa media de ganancia, y también necesita inexorablemente la extracción cada vez más intensa de las riquezas naturales del planeta al costo que sea. Para ambos fines —enajenación de la naturaleza y de la fuerza de trabajo, que a estas alturas es la humanidad— desarrolla incontrolablemente las fuerzas productivas a través de la revolución tecnológica.

En cambio, los tiempos de la emancipación son más largos. La estructuración de fuerzas e ideas emancipadoras no aparecen sobre la superficie todo el tiempo, lo cual no necesariamente implica que estén ausentes en los canales subterráneos de la historia. La lucha de los pueblos por su libertad e independencia plenas encuentran sus orígenes en toda la historia de la humanidad, y en el caso de América Latina desde el momento mismo de la invasión europea. Eso nos lleva además a señalar que una cosa son los tiempos del mundo de los pueblos indígenas y otros los tiempos de los trabajadores y pueblos producidos por la modernidad colonial.

Quizá nunca esté más vigente el concepto de Lenin empleado en 1910 al diferenciar la revolución en sentido restringido y la revolución en sentido pleno. Sostenía que en la primera hay olas que golpean al viejo régimen, pero no terminan con el mismo, ni agotan el terreno para otras revoluciones posteriores. En la segunda, se han golpeado todos los niveles del régimen o sistema que se combate. Este concepto, pocas veces empleado por el teórico de la primera revolución socialista en el siglo XX, coincide con la memoria larga de los pueblos indígenas, para quienes la transición empezó al día siguiente de la invasión europea.

En segundo lugar, la espacialidad del capitalismo no es la misma que la espacialidad de la emancipación. Al primero, el espacio le ha servido antes para construir economías periféricas funcionales, por la vía de la implementación de formas originarias de acumulación, a la reproducción ampliada del capitalismo central, pero también le sirve ahora para combinar ambas formas de acumulación —originaria y ampliada— de capital en un momento de crisis multidimensional del capitalismo. Esto quiere decir que la existencia de un capitalismo global por primera vez en su devenir responde a una realidad contradictoria: expandirse incesantemente en lo territorial y en profundidad, pero también como manera de resolver un aspecto de la manifestación de su crisis: la caída de la tasa media de ganancia. El capitalismo organiza la geografía uni-

versal —territorial, política, económica y social— y todos los espacios de la producción en función de obtener el máximo de ganancia.

En cambio, el espacio de la emancipación para los pueblos es distinto. En su memoria larga, los pueblos concebían el territorio más allá de los estrechos límites que han impuesto la modernidad y el capitalismo en América Latina: desde los virreinos hasta las repúblicas y sus divisiones internas. La geografía emancipadora demanda ver el espacio como un escenario de articulación de las distintas maneras de concebir las resistencias, las luchas y las emancipaciones. Unos desde su condición predominantemente indígena, pues *su mundo es posible*, y otros desde su condición de clases producidas por el capital pues *otro mundo es posible*.

En tercer lugar y por tanto, la ola emancipadora que atraviesa América Latina hoy demanda concebir la emancipación o revolución en sentido restringido, amplio y pleno, tanto desde los tiempos y la espacialidad en los niveles y la territorialidad. Hay que concebir que la lucha por la emancipación ha arrancado hace varios siglos y que en algunos momentos ha golpeado a uno de los niveles del sistema capitalista que nos oprime, pero no ha terminado por recorrer o golpear a todos los niveles que le dan una totalidad enajenante. Mucho menos, a pesar de las aspiraciones de los líderes indígenas que resistieron a la colonia, de los sueños de independentistas del siglo XIX y de revolucionarios del siglo XX, se ha logrado la unidad e integración latinoamericana, que no es otra cosa que organizar la geografía de modo emancipador. En las condiciones actuales, el aporte del Estado Plurinacional de las revoluciones de Bolivia y Ecuador es quizá el punto de partida para retomar esas aspiraciones y avanzar hacia la construcción del Estado Plurinacional Continental.

Las tres olas de la lucha por la emancipación

A partir de precisar los conceptos de enajenación y desalienación, desarrollados en la primera parte y dando por descontado que la historia no tiene un desarrollo lineal, sino que está llena de accidentes, avances y retrocesos, y empleando más la idea de proceso que de acto, se hace el esfuerzo por establecer esos momentos de articulación de la emancipación en su sentido amplio y la emancipación en su sentido estrecho. De hecho, en la historia emancipadora de los pueblos del Abya Yala o de

Nuestra América se pueden definir tres grandes olas importantes, que, cada una desde su especificidad, buscan aportar no solo al desplazamiento en el poder político del bloque de clases conservador y su sustitución por otro bloque revolucionario con sentido histórico, sino también a la estructuración de un horizonte de potencialidad emancipadora.

La nueva historiografía latinoamericana y los aportes de las ciencias sociales en general ofrecen valiosa información, la cual, apreciada a partir de los conceptos de emancipación en sentido estrecho y amplio, conduce a identificar momentos en que se logran conquistar espacios temporales de desalienación en el nivel político, luego reconstituidos como espacios de enajenación por no haberse dado un salto al nivel económico y el de la estructura social, entre otros. Pero también hay circunstancias históricas en las que la activación de prácticas emancipadoras en uno de los ámbitos de la realidad social se presenta, cuando se aprecia la historia larga, como parte de un proceso de emancipación plena. Entonces, volver a insistir en la necesidad de evitar reduccionismos infantiles que lejos de armar a los sujetos históricos para la compleja y dura lucha emancipadora, más bien se convierten en factores de desmovilización y desmoralización que construyen, también sin quererlo, el mito de la invencibilidad del enemigo, que en este caso es el mito de la *invencibilidad del capitalismo*.

La *primera gran ola* se libró por los pueblos indígenas en su intento de expulsar al invasor del Abya Yala, el nombre originario de este continente que reunía y unía al mismo tiempo al águila del norte y el cóndor del sur. En este primer momento de resistencia emancipadora, los pueblos indígenas del Abya Yala desarrollaron resistencias militares y simbólicas. Solo en el siglo XVIII se contabilizan más de 140 sublevaciones en la región andina, además de las producidas en el siglo XVI, para intentar derrotar al invasor europeo que era portador de una civilización moderna con su reproducción en la obtención del lucro. Y para eso desarrollaron todas las formas de control del trabajo —en la que la mita y la encomienda se presentan como dos instituciones fundamentales— y de saqueo de los recursos mineralógicos —oro y plata— y otros —azúcar, tabaco, algodón, por ejemplo—, entre los más importantes.

Una lectura de lo escrito por los cronistas muestra la dimensión de las grandes rebeliones indígenas por expulsar al invasor. De las más de 140 sublevaciones se conocen con mayor detalle la protagonizada en

1500 por los indios taínos —presuntamente la primera de magnitud—, en 1533 la liderada por Manko Inka que concluyó en el cerco a Cuzco en 1535, en 1534 la dirigida por el indio Guamá, la tenaz resistencia de Tupac Amaru en 1572, la organización de una suerte de grupo guerrillero en el oriente de Cuba por el indio Hatuey y los levantamientos indígenas de Tupac Amaru y Tupac Katari en 1781, cuya fuerza se extendió hasta Ecuador y Colombia. También son altamente conocidas las resistencias protagonizadas por los pueblos indígenas en Centroamérica.

Si bien se trataba de sociedades estamentarias, antes de la llegada de los invasores, según apuntan cronistas como Bartolomé de las Casas, la propiedad de la tierra y el trabajo tenían características comunitarias o colectivas, se registraba una integración plena del hombre con la naturaleza y la forma de gobierno tomaba en cuenta varias opiniones, así como no se conocía en el lenguaje cotidiano las palabras *lo tuyo* y *lo mío*. El tipo de comercio practicado entre los pueblos, guiado por la satisfacción de necesidades y no por la acumulación, utilizaba al trueque como su forma más importante. Es el valor de uso lo que guiaba la producción y la tierra; para el indígena, era la prolongación del cuerpo.

Está claro, por tanto, que las rebeliones indígenas frente a la invasión europea, detrás de cuyas espadas y biblias se encontraba un proceso de expansión originado en la búsqueda de riqueza para el llamado Viejo Mundo, estaban orientadas a preservar un determinado orden civilizatorio que no basaba su reproducción en la propiedad y la apropiación privada del territorio, de la tierra y de lo que se producía. De ahí que no sea extraño el carácter violento con el que los indios recibieron la práctica invasora de someterlos y de hacerlos trabajar por la fuerza en las minas y en el poco cuidado con el tratamiento de los alimentos, lo cual condujo a que millones de indígenas murieran en su condición de esclavos y por enfermedades traídas de Europa. Con la invasión española, no solo Europa ingresa a la modernidad, sino que la tierra deja de ser la prolongación del cuerpo indígena, se impulsa un proceso en que el productor es separado de sus medios de producción y se ponen en marcha distintas formas de control del trabajo y de apropiación del resultado de ese trabajo basadas en el criterio de la superioridad del blanco. El edificio social construido por los invasores se erigió sobre la base del color de la piel e incluso la mayor parte de la nobleza indígena fue sometida a las formas de explotación más inhumanas que demandaba el

capital. Las Leyes de Indias, aprobadas con el objetivo de disminuir en algo el grado de explotación salvaje a la que estaban sometidos los indígenas, no pudieron lograr su propósito.

Todo lo que se encontraba en esta parte del mundo fue saqueado con destino a Europa. Los minerales y los recursos naturales renovables solo sirvieron para facilitar el ciclo de reproducción del capital en su tránsito del mercantilismo al capitalismo como tal. Si hay un lugar en el mundo que puede aportar miles de ejemplos para poner en evidencia la naturaleza salvaje de la acumulación originaria del capital es América Latina, donde el capital, parafraseando a Marx, llegó chorreando sangre y lodo por todos lados. De esta parte del mundo tenían que llevarse los recursos naturales —minerales, tejidos, artesanía y alimentos— interrumpiendo los ciclos de producción establecidos a partir del tipo de relación de los indígenas con la naturaleza. Lo poco que quedaba era para las clases dominantes que representaban a la metrópoli y las clases subalternas —indígenas y esclavos— tenían que contentarse con las migajas, por lo que la economía de la abundancia en la cual vivieron los indígenas fue sustituida por la economía de la escasez.

Si bien el desarrollo de los pueblos indígenas del Abya Yala no era igual, existe coincidencia en los historiadores y otros estudiosos de las ciencias sociales al señalar que la forma de organización económica en las naciones o nacionalidades más avanzadas “aztecas y mayas en Mesoamérica e Incas en la región Andina” determinaba un alto nivel de productividad en la agricultura, elevados grados de consumo y formas de propiedad más desarrolladas respecto a otras regiones de esta parte del mundo. Las complejas relaciones sociales o comunitarias que se dieron en esa forma de organización de la economía de los pueblos indígenas tiene bastante relación con lo que Carlos Marx llamó el *modo de producción asiático* o lo que otros, atendiendo a sus especificidades, denominan *modo de producción americano*. Lo concreto es que se trataba de un régimen en la que formas arcaicas de organización comunitaria —el *ayllu* en los Incas y el *calpulli* en los aztecas— se combinaban con un Estado conducido por una teocracia sacerdotal.

Pero si en el plano de la economía se produjeron cambios que violentaron las relaciones comunitarias, dando paso a relaciones sociales de producción basadas en la jerarquización de la sociedad, donde los extre-

mos estaban formados por los que se apropiaron de la riqueza, de un lado, y los que estaban sometidos a formas de trabajo esclavista y de servidumbre, de otro, la forma de organización política también cambió. De formas de participación política más o menos horizontales, en las que se procuraba decisiones tomadas por consenso y sin incorporar el principio de la modernidad que coloca a los gobernantes “arriba” y a los gobernados “abajo”, el poder político se estructuró de tal manera que la exclusión de la mayoría indígena fue el complemento necesario del saqueo de los recursos naturales. Los que gobernaban en representación de la metrópoli lo hacían para beneficio principal de la misma, lo cual condujo a una estructuración desigual de la sociedad.

La invasión europea, desarrollada en tres tiempos, lo primero que hizo fue enajenar el territorio y organizarlo en función de los intereses de los colonizadores. En una primera etapa, se constituyeron los virreinos de Nueva España —con capital en México— y Nueva Castilla —con capital en Lima—, además de capitanías en Venezuela, Cuba, Chile y Guatemala. En una segunda etapa, en el siglo XVIII, se crearon Nueva Granada, con capital en Bogotá, y Buenos Aires, con capital en La Plata. Esta nueva forma de organización política, que implicaba, como está dicho, una nueva manera de concebir el orden territorial, se agravó en el siglo XIX por la fundación de las repúblicas y la creación de departamentos, provincias y municipios, con lo cual se apostaba a modificar sustancialmente la cosmovisión de los pueblos indígenas para facilitar, desde este nuevo concepto de espacio, la estructuración del orden colonial.

Sobre estas múltiples formas de enajenación, se concibió y ejecutó un proyecto de desarrollo que benefició principalmente a la metrópoli y a los criollos —aunque años después brindó ciertos privilegios a los mestizos— y perjudicó a los pueblos originarios de esta parte del mundo y a los negros traídos de África en condición de esclavos. Si bien los invasores vieron facilitado su control del Abya Yala por las divisiones internas en muchas naciones indígenas, particularmente en las que se pagaba una suerte de tributo al poder político, y por la superioridad de sus armas de combate, es completamente falso que los indígenas se rindieron rápidamente por una mezcla de temor y admiración. La hegemonía se estructuró sobre una política de exterminio.

Entonces, la primera ola emancipadora en América Latina se libró, para decirlo de manera concreta y aunque sus actores no tuvieran con-

ciencia de eso, contra la invasión europea que traía junto a esa modernidad, la acumulación originaria del capital en una expresión más salvaje de la que se conoció en el Viejo Mundo. Pero no solo eso. Para los pueblos indígenas el futuro no está adelante, como ocurre con la concepción del tiempo lineal de la modernidad occidental, sino en su pasado ancestral. De ahí que las rebeliones para expulsar al “cuerpo extraño” que representaba el invasor tenían como objetivo el restablecimiento del orden civilizatorio preexistente. Las resistencias indígenas —desde Norteamérica hasta Sudamérica— se propusieron esa suerte de retorno “sobre nuevas condiciones, diría Marx” a su manera de concebir la producción y la reproducción de la vida material y espiritual. Era la mirada hacia la emancipación plena y amplia, radicalmente opuesta a la enajenación plena y amplia impuesta por el intruso del capital.

La *segunda ola emancipadora* se dio entre 1790 y 1826, cuando un alto número de países en el continente se constituyeron como repúblicas y formalmente alcanzaron su independencia política y no pocos retrocesos se experimentaron en el camino recorrido por la lucha de los pueblos en su sed de plena y amplia emancipación.

Es suficiente el material bibliográfico para afirmar que en estos largos 36 años, en los que como toda revolución se registraron avances y retrocesos, se dieron dos grandes contradicciones: una contradicción interna que enfrentaba a la aristocracia criolla, a los comerciantes, a los mestizos y a la intelectualidad funcional a la Corona, por un lado, y a la intelectualidad y militares progresistas que bebían de la influencia de la Ilustración y a las clases subalternas conformadas por los indígenas y los esclavos, por otra; Más una segunda contradicción, externa, definida por el deseo de las clases dominantes de suprimir el tutelaje monárquico, reivindicando el libre comercio, pero preservando al mismo tiempo las relaciones de producción vigentes, así como manteniendo las formas de dominación política.

Desde la perspectiva de las clases subalternas, que muy pocas veces lograron articularse como bloque o sujeto colectivo, la lucha anticolonial estaba profundamente ligada a la lucha por la emancipación plena de las relaciones de dominación y explotación internas. Si bien sería atrevido hablar de un horizonte socialista en ese momento, es evidente que para los esclavos el objetivo era alcanzar su condición de trabajadores libres y para los pueblos indígenas el retorno a la sociedad en la que vivían antes de la invasión. A este horizonte de

visibilización de la emancipación hay que sumar a intelectuales que luego se pusieron a encabezar los ejércitos libertadores y a fracciones dominantes protoburguesas que hicieron suya las olas revolucionarias europeas.

Como se puede apreciar, los que aspiraban a liberarse de la colonia tenían al mismo tiempo intereses distintos y miradas muchas veces opuestas en el momento de pensar el tipo de sociedad a construir, lo que se hacía mucho más notorio con el proyecto emancipador indígena, cuya memoria larga lo conducía al restablecimiento del orden civilizatorio preexistente al momento de la invasión. El indígena apostaba a liberarse de la enajenación del trabajo, las formas de la cual giraban alrededor de la servidumbre y no menos cierto que también de las otras formas de enajenación territorial, cultural y religiosa.

Empero, no es ocioso destacar que hubo cuatro ejes favorables a la articulación de esas distintas miradas: primero, la conquista de la democracia ciudadana, sin las odiosas diferencias de otorgar la condición de ciudadanos a unos y continuar excluyendo a una amplia masa de la población —indígenas, negros y mujeres—; segundo, una modificación parcial de la forma de producir la riqueza a partir erradicar las relaciones de esclavitud y de servidumbre, lo cual iba a contracorriente de las aspiraciones de los sectores más conservadores; tercero, la devolución de tierras —no todas— a los indígenas y el establecimiento de nuevas relaciones comerciales entre las colonias independizadas y Europa y Estados Unidos. Cuarto, acompañar la independencia con la unidad latinoamericana —emancipación en el sentido amplio—. Para unos era el fin en sí mismo, para otros un paso necesario para acumular fuerza en un horizonte emancipador en sentido pleno.

Varias fueron las causas que determinaron los gritos independentistas en América Latina y el Caribe: la independencia de las colonias inglesas en Norteamérica, la Revolución Francesa y las Reformas Borbónicas, la constatación de los criollos y mestizos de la limitación que tenían sus privilegios por el monopolio del comercio ejercido desde la metrópoli, la revolución negra en Haití y la resistencia indígena. Como señala Galeano, “los españoles tenían la vaca, pero eran otros quienes bebían la leche”.¹ Sin embargo, es evidente que para la mayor parte de los descendientes directos e indirectos de la colonia, no fue el indio ni el negro sometido lo que estimuló su rebeldía ante la

metrópoli. Hechos posteriores demostrarían que incluso estaban más interesados en tener el control territorial como una nueva manera de establecer relaciones con el imperialismo —primero europeo y luego estadounidense— que en cerrarle el paso a cualquier tipo de imperialismo. Los que deseaban independizarse de la metrópoli sin cambiar las relaciones de dominación internas, en realidad solo representaban una traba para el interés europeo de completar su ingreso a la modernidad por la vía de la explotación de los pueblos indígenas y de los esclavos. De hecho no eran pocos los que admiraban la Revolución Francesa por la trilogía *libertad, igualdad y fraternidad*, que solo la querían para ellos, y rescataban las enseñanzas de la revolución estadounidense que independizaba a trece colonias de la metrópoli británica y mantenía, no sin antes exterminar a los indios, el esclavismo de los negros. Las clases dominantes apelaban a la Ilustración para demandar el libre comercio con Estados Unidos e Inglaterra, pero se aferraban a la Biblia para mantener las relaciones de poder y explotación en la colonia.

El debate dentro de las filas criollas y mestizas, del que los indígenas estaban excluidos, giraba principalmente en torno a un nuevo tipo de desarrollo comercial con Europa o la apuesta a un desarrollo económico de características más endógenas. El común denominador de ambas variables eliminar de desarrollo era la continuidad de la lógica extractivista, aunque la primera no alteraba el saqueo de los recursos renovables de esta parte del continente en función de los intereses extracontinentales. En cambio, la segunda, de mirada más endógena, apuntaba sobre todo a lo que podríamos llamar un capitalismo latinoamericano con niveles de autonomía importantes frente al imperio.

En América Latina tuvo que esperarse hasta la primera parte del siglo XX para pasar de la *democracia censitaria* y patrimonialista a la *democracia liberal* con la incorporación de los indios, los negros y las mujeres a sistemas políticos que, sin embargo, no dejaron de ser excluyentes y estrechos. Lo mismo sucedió con el tema de la tenencia de la tierra, encontrando en las revoluciones mexicana y boliviana sus máximas expresiones. Ambas revoluciones no terminaron emancipando al indio, sino más bien estableciendo nuevas formas de subsunción y enajenación.

¹ Eduardo Galeano en *Las venas abiertas de América Latina* (1971), “Fiebre del oro, fiebre de la plata” (“España tenía la vaca, pero otros tomaban la leche”).

Es preciso mencionar que no todos los países de América Latina y el Caribe alcanzaron su independencia, así sea formal, al concluir el ciclo revolucionario. Además de las pequeñas islas caribeñas, controladas por ingleses, franceses y holandeses, hay que subrayar que una temprana intervención de Estados Unidos bloqueó sistemáticamente los intentos independentistas de Cuba y Puerto Rico. El objetivo estadounidense estaba muy claro. Controlar a Cuba tenía alcances geopolíticos estratégicos e impedir su independencia era una tarea de primer orden. Cuba, a partir de la Revolución de 1868, encabezada por Carlos Manuel de Céspedes, continuada por la llamada Guerra Chiquita y más adelante por la Guerra del 95, organizada por José Martí, tuvo que luchar mucho para alcanzar su independencia, recién el 1.º de enero de 1959.

Ello obedeció a que el imperialismo norteamericano decidió entrar en guerra con España en 1898, cuando los patriotas cubanos ya la habían virtualmente derrotado. Le siguió la ocupación militar de Cuba por parte de los Estados Unidos, hasta que una falsa república fue proclamada en 1902, con la elección a la presidencia de Tomás Estrada Palma —viabilizada por el gobierno norteamericano para frenar la lucha revolucionaria—, quien firmó con el imperialismo estadounidense la Enmienda Platt, la cual establecía el “derecho” de esa nación a intervenir, incluso militarmente, en los asuntos internos de la Isla.

Volvamos a la segunda ola emancipatoria de América Latina. Los principales logros de la independencia comenzaron a revertirse desde 1826 y América Latina —como bien apunta el cubano Roberto Regalado— pasó de su condición de colonia a su condición de neocolonia, lo que constituye el *puntal de la metamorfosis del capitalismo de libre competencia en capitalismo monopolista y, por consiguiente, del nacimiento y desarrollo del imperialismo*.

A pesar del enorme interés y derroche de energías que muchos de los independentistas le pusieron a la necesidad de generar una conciencia sobre la importancia de la unidad latinoamericana, la reacción de Francia, Inglaterra y sobre todo, la temprana intervención de los Estados Unidos bloquearon cualquier perspectiva emancipadora en su sentido amplio: fracasó el Congreso Anfictiónico organizado por Bolívar en 1826 en Panamá; en 1830 fue derrotada la idea de la Gran Colombia —Venezuela, Nueva Granada y Ecuador—; la Confederación Peruano-Boliviana de 1839 no prosperó; entre 1839-1848, Fran-

cisco Morazán no pudo impedir la disolución de las Provincias Unidas en cinco países—Guatemala, Honduras, Nicaragua, El Salvador y Costa Rica—; y otros intentos similares sencillamente fueron ahogados a tiempo por el imperio y con la complicidad de las élites locales.

La segunda ola emancipadora, en la que se da la combinación de independencias formales—emancipación en sentido más estrecho—y la preservación de una memoria larga cuyo horizonte de visibilidad es la emancipación en sentido amplio y pleno, empieza a devenir en neocolonialismo debido a tres razones fundamentales: son los sectores señoriales y no los protoburgueses los que toman el poder político, en complicidad con la Iglesia; Estados Unidos se lanza sobre América Latina luego de 25 años dedicado a su expansión territorial y, finalmente, el nivel de compactación del sujeto norteamericano—cuya construcción hay que verlo como proceso—no corresponde todavía a los desafíos planteados por el nuevo cuadro de situación.

Esta concepción de la independencia y del desarrollo para las nuevas clases dominantes, implicó, como consecuencia lógica, una nueva forma de enajenación territorial. De los virreinos —que ya fueron una forma de enajenar el concepto de territorio de los pueblos indígenas—, con las independencias formales entre 1809 y 1826 se dio paso a la constitución de repúblicas que profundizaron la fragmentación en todos los sentidos. Octavio Paz afirma de la manera más punzante:

(...) las nuevas repúblicas fueron inventadas por necesidades políticas y militares del momento, no porque expresasen una real peculiaridad histórica. Los “rasgos nacionales” se fueron formando más tarde (...). Aún ahora, un siglo y medio después, nadie puede explicar satisfactoriamente en qué consisten las diferencias “nacionales” entre argentinos y uruguayos, peruanos y ecuatorianos, guatemaltecos y mexicanos.²

Pero eso no quiere decir que las guerras de la independencia no hubiesen servido para nada. La lucha contra el imperialismo español, francés y británico por no solo hablar de Hispanoamérica, logró aportar al surgimiento de una conciencia nacional latinoamericana, la que

² *El laberinto de la soledad* (1950), capítulo VI.

luego se amplió por el salvajismo temprano del imperialismo estadounidense. Y en términos sociales, los indígenas y los negros, así como clases medias mestizas con acceso al pensamiento universal, no renunciaron a la lucha por la abolición de la servidumbre y la esclavitud y a la construcción de una sociedad con igualdad. Luis Brito señala:

Las revoluciones pueden ser calamidades, pero nunca mayores que los abusos contra los cuales combaten. A pesar de las tareas que dejaron sin concluir, las guerras de la independencia consolidaron los sentimientos de nacionalidad, en líneas generales proscribieron el sistema monárquico para sustituirlo por el republicano y fortalecieron carismas caudillescos que operaron como puntos de referencia contra la disgregación absoluta.

Las luchas por la independencia de América Latina han sido importantes, pues si bien muy tempranamente ingresaron a un camino regresivo, al no poder pasar de la revolución política —emancipación estrecha— a la revolución social —emancipación en sentido pleno— y continental —emancipación en sentido amplio—, al mismo tiempo, aportaron a la memoria larga de los pueblos lecciones de lo que se debe o no hacer en ese recorrido por el camino de la emancipación, siempre lleno de peligros y traiciones, de avances y retrocesos.

Nuestra América enfrenta hoy una *tercera ola emancipadora* contra el capital. Varios son los factores concurrentes que abren la condición de posibilidad de avanzar hacia la emancipación plena y amplia.

En primer lugar, se está produciendo el retorno, sobre condiciones distintas, del horizonte emancipador y de la mano de un gigante dormido: el movimiento indígena. Desde el alzamiento zapatista en Chiapas hasta las rebeliones indígenas en Ecuador y Bolivia, es posible identificar que los pueblos originarios se han propuesto desplegar el ejercicio de su propio poder, radicalmente distinto al construido en años de neocolonialismo.

Esta emergencia de los pueblos indígenas, portadores de una visión civilizatoria diferente a la moderna, se da casi de forma simultánea al proceso de fragmentación y desestructuración de la tradicional clase obrera producto de cambios en el mundo del trabajo y en un contexto en que la globalización —dominación transnacionalizada del capital financiero— encuentra en crisis a los países del capitalismo central,

cuya pesada carga ellos buscan transferir a los países del capitalismo periférico.

Este retorno de lo indígena se debe analizar, además, no solo por su protagonismo en países como Bolivia y el Ecuador, sino por su aporte epistemológico —en cuanto a los términos del tiempo de la transición, por ejemplo— y por su simbolismo político en el diseño de proyectos de cambio que pretenden una ruptura radical con la modernidad, es decir con el capitalismo, como forma de organización de la vida social. De ahí que no sea una anécdota la universalización de los conceptos Vivir Bien o Buen Vivir en las reflexiones, acciones y propuestas de los gobiernos de izquierda y progresistas de la región que no cuentan con población indígena.

En segundo lugar, hay un regreso, también sobre nuevas condiciones, del ideario de los próceres de la independencia. Están presentes Bolívar, Morelos, Hidalgo, Miranda y Martí. Tanto desde los países con proyectos genéricamente conocidos como poscapitalistas —Venezuela, Bolivia, Ecuador y Nicaragua— hasta otros menos radicales pero interesantes por su deseo de lograr mayor independencia frente a Estados Unidos —Brasil, Argentina, Uruguay y El Salvador—, coinciden en la necesidad de construir relaciones con una mirada hacia el sur, lo cual implica un comercio intrarregional más fuerte, apoyado en la consolidación o ampliación de la institucionalidad existente (MERCOSUR, CAN, MCCA, SICA) y la creación de otros espacios de integración como UNASUR, el ALBA y otras iniciativas como Petrocaribe.

En tercer lugar, como pocas veces ha ocurrido de manera simultánea, América Latina es escenario, desde fines del siglo XX, de la emergencia de líderes políticos con profundo arraigo en sus países y muy prestigiosos en el continente y en el resto del mundo. Hugo Chávez en Venezuela, Evo Morales en Bolivia, Rafael Correa en Ecuador, Lula en Brasil, Daniel Ortega en Nicaragua y Néstor Kirchner y Cristina Fernández en Argentina, cada cual a su estilo, le han dado su impronta a la causa latinoamericanista. No cabe duda que la muerte del presidente Hugo Chávez es uno de los factores de cierta desaceleración de los procesos emancipadores que, observados de conjunto, nos llevan a una situación de *equilibrio estratégico*.

En cada uno de estos países, desde los pueblos hasta los gobiernos, se está desarrollando un nuevo oleaje revolucionario de distintos alcan-

ces. En unos se han registrado revoluciones políticas —emancipaciones en sentido estrecho— y en otros se han logrado mayores niveles de autonomía ante los Estados Unidos. No hay que olvidar, por ejemplo, el papel de Brasil y Argentina en el desgaste y derrota del proyecto anexionista del ALCA, como tampoco ignorar el impulso que para esas decisiones desempeñaron los presidentes Fidel Castro y Hugo Chávez y luego Evo Morales, un trío a los cuales se sumaron luego otros jefes de Estado.

La lista de esos nuevos liderazgos encuentra su punto de partida en la referencia política y moral que desempeña sobre ellos y los pueblos del continente el comandante en jefe y líder histórico de la Revolución Cubana, Fidel Castro, sin cuya consecuencia y capacidad de anticipación histórica, el imperialismo la hubiese tenido más fácil en su proyecto de dominación plena y amplia, hoy denominado *dominación de amplio espectro*. Del líder cubano se pueden decir muchas cosas, pues es un hombre que ha trascendido la historia, pero una cosa es inobjetable: desde el asalto al Cuartel Moncada, en 1953, que marca el inicio de la lucha insurreccional que desembocó en el triunfo de la Revolución Cubana, hasta los artículos de hoy, pasando por lo que hizo por América Latina y otros pueblos del mundo en su condición de jefe de Estado, Fidel ha sido activo constructor y ha encarnado al mismo tiempo los sueños de emancipación plena. En sus palabras han encontrado eco las esperanzas de los pueblos y la lucha de grandes hombres y mujeres como los indios Hatuey, Tupac Amaru I y II, Tupac Katari, Micaela Bastida, Bolívar, Hidalgo, Morelos, Sucre, Martí, el Che y otros cientos de mártires conocidos y anónimos de la causa independentista y, sobre todo, emancipadora.

Las perspectivas de la unidad latinoamericana no serían favorables sin el aporte que a la historia nuestroamericana le ha hecho el pueblo cubano, primero, en su lucha contra el imperialismo español y, luego, de inmediato, contra el imperialismo estadounidense. Sería una injusticia no reconocer que el triunfo de la Revolución Cubana, en 1959, y la declaratoria de su carácter socialista, en 1961, le dieron una impronta a la lucha de los pueblos de Nuestra América. De hecho, si bien se produjeron experiencias revolucionarias en Centroamérica en la década de 1930, lideradas por Augusto César Sandino en Nicaragua y Farabundo Martí en El Salvador, además del establecimiento de gobiernos nacionalistas como el de Jacobo Arbenz en Guatemala, la ter-

cera ola emancipatoria en América Latina y El Caribe encuentra su punto de partida en la independencia plena de la mayor de las Antillas, cuyo líder histórico, Fidel Castro, ha trascendido ya la historia. En Cuba se le ha dado al capitalismo un golpe muy duro, pero todavía no se ha culminado de transitar el terreno para acabar con las relaciones de dominación del imperialismo estadounidense en el continente.

Las características de esta tercera ola son: la resistencia a la dominación del capitalismo y a los Estados Unidos —su cerebro y corazón—, dada en medio del desarrollo contradictorio de renovadas tendencias nacionalistas de diverso grado y los intentos de poner en marcha nuevos paradigmas emancipatorios de cuyos perfiles y alcances todavía no se tiene una idea más o menos definida eliminar. Se habla del socialismo —del siglo XXI en Venezuela y Ecuador, Comunitario en Bolivia y Humanista y Cristiano en Nicaragua—, pero al mismo tiempo en Bolivia y Ecuador se plantea el Vivir Bien o el Buen Vivir.

Una segunda característica es que, a pesar de las contradicciones teóricas y prácticas que acompañan a este momento de América Latina, hay profundos cuestionamientos a los conceptos de democracia, desarrollo, integración y cultura que han prevalecido en la historia larga y corta.

En el siglo XXI se aprecia la tensión entre la apuesta por la ampliación de la democracia o el reconocimiento de otras formas de democracia —que implica la combinación del reconocimiento del ciudadano como individuo y la admisión del pueblo como actor colectivo— y mantener la limitada democracia representativa como única forma de Estado. Aunque denominados de manera distinta, los procesos constituyentes en varios países se han traducido en la incorporación a sus respectivas Constituciones de otros tipos de democracias: participativa, deliberativa y comunitaria, lo cual no solo implica la apertura de nuevos espacios para nuevas formas de participación política, sino un aporte a la teoría y práctica política en general.

Sin embargo, también habrá que decir que el reconocimiento de estas otras democracias no ha alterado el carácter predominante de la democracia representativa como espacio de disputa entre la hegemonía y la dominación, entre emancipación de los pueblos y la dominación del imperialismo. De hecho, los gobiernos progresistas y de esa nueva izquierda tienen su origen y fuente de mandato en las democracias representativas que, de instrumento de dominación política al

servicio del imperio y las clases dominantes en las postrimerías del derrumbe del campo socialista y del nacimiento de la unipolaridad, se han convertido en un instrumento de lucha, acumulación e inéditas victorias político-electorales de los movimientos sociales y ciudadanos. Esto se abrió con la victoria de Chávez en Venezuela en 1998 y le siguieron Lula, Evo, Kirchner y otros.

En cuanto al concepto de desarrollo, el panorama es menos claro respecto de la democracia. Si bien existen algunas señales de crítica radical al desarrollismo de la modernidad y una convocatoria a pensar en una manera de articular la desestructurada relación entre fuerzas productivas y naturaleza —enajenadas a ritmos acelerados por el desarrollo del capitalismo—, al mismo tiempo los gobiernos más radicales del continente impulsan proyectos que generan tensión frente al paradigma de la Madre Tierra.

Un racional aprovechamiento de los recursos naturales, que les da dinero a los gobiernos para poner en marcha sus políticas sociales redistributivas, y la preservación de la naturaleza como condición de cuidar el planeta, es quizá el punto de encuentro. Es más, esta nueva manera de pensar el desarrollo o el modo de vida, es probable que sea la respuesta emancipadora a la coexistencia de la acumulación originaria o *acumulación por desposesión* —en la que el capital sigue chorreando sangre y lodo por todas partes— y la acumulación ampliada.

El paradigma que está siendo cuestionado es el capitalismo y, como es obvio, el concepto de desarrollo que encierra ese sistema en el que la centralidad del capital es lo fundamental. Y esa centralidad, en la que la búsqueda desenfrenada del lucro es el punto de partida y llegada, está hoy en la mira de los pueblos, no solo por la conciencia que implica esa progresiva desvalorización de la fuerza de trabajo en la producción de bienes materiales e inmateriales, sino por la amenaza que para la propia vida tiene hoy ese modo de producción, consustancial en América Latina con la colonialidad.

Frente a ese tipo de desarrollo o contra la *ilusión modernista*, desde Nuestra América se están construyendo una diversidad de respuestas que para mejor comprensión podemos clasificar en tres: el socialismo, el Vivir Bien o el Buen Vivir y la construcción de un capitalismo latinoamericano. De las tres, las dos primeras se presentan como alternativas paradigmáticas.

El paradigma del socialismo —como tronco común— ha sido reivindicado en diferentes grados por los gobiernos y los pueblos de Venezuela, Bolivia y Ecuador, aunque cada cual lo hizo atendiendo a las especificidades de su formación social históricamente determinada. Venezuela y Ecuador hacen referencia al socialismo del siglo XXI y Bolivia al socialismo comunitario. Obviamente Cuba, que en abril de 2011 ha dado paso a la actualización de su socialismo, es la referencia histórica y moral.

Ahora bien, aunque en medio de tensiones y contradicciones, en América Latina se está produciendo una convergencia, un diálogo, todavía insuficiente, entre los dos paradigmas alternativos al capitalismo y entre ambos con la respuesta que apunta al capitalismo latinoamericano. Y es quizá ese rasgo lo que explica la enorme sinergia con la cual se han movido los países miembros del ALBA, que se identifican con el socialismo como horizonte, y países con peso gravitante en la región como Brasil y Argentina, más inclinados a la ilusión del capitalismo autónomo frente al imperio. El diálogo entre los dos paradigmas civilizatorios alternativos al capitalismo se produce en medio de las tensiones entre una tendencia *neodesarrollista*, con fuerte peso industrialista, y un llamado, más discursivo que real, a superar la lógica extractivista. En los primeros se aprecia un reconocimiento, no oficial por cierto, de la necesidad de desarrollar las fuerzas productivas en áreas clásicas y de maneras también clásicas. En los segundos, se aprecia una mezcla bastante sui generis de idealismo y realismo que ha dado lugar a la aparición del término *pachamamismo*.

En cuanto a la intervención del Estado habrá que hacer dos apuntes necesarios desde la perspectiva de la construcción de una alternativa al capitalismo: primero, luego de décadas de privatización de las empresas estatales y los recursos naturales, cualquier proyecto posliberal implica recuperar el papel protagónico del Estado. De eso no hay duda y pensar lo contrario es una manera ingenua de coincidir con el liberalismo. Segundo, el papel del Estado no asegura, empero, el tránsito al socialismo pues puede, quizá fácilmente, quedarse en un capitalismo de Estado que progresivamente vaya renovando el sistema con nuevos actores y renovada vestidura.

Uno de los desafíos de los pueblos y los gobiernos es impulsar diversas formas de propiedad social no estatal, con la misma fuerza que la participación estatal e interestatal en determinados ámbitos estratégi-

cos de la economía. Eso no implica la pequeña y mediana empresa, sino formas de propiedad colectiva y apropiación social directa del resultado del trabajo. Desde esa perspectiva, la propuesta del socialismo comunitario en Bolivia se presenta como una potencialidad en la medida en que no solo haga referencia a la reconstitución de las comunidades indígenas, sino también a su universalización como forma de organizar la vida social.

Siempre en el tema de la intervención del Estado, también es un desafío para los gobiernos que se han propuesto una perspectiva socialista el impulsar una gestión basada en términos radicalmente distintos a la desarrollada por el capitalismo, lo cual implica una modificación sustancial de las relaciones de producción. En Venezuela y Bolivia todavía se aprecia una gestión bastante conservadora de las empresas estatales, lo cual puede llevar, a pesar de la voluntad de sus gobiernos, a constituir burguesías burocráticas que vayan reproduciendo el sistema y elevados niveles de corrupción que vayan minando moral y políticamente la disposición colectiva al cambio.

No aporta mucho retornar al debate acerca del Estado entre los marxistas y los anarquistas sin la debida contextualización y resignificación que los conceptos están obligados a tener para no cosificarse. Desde la perspectiva de la construcción y desarrollo de un paradigma o proyecto civilizatorio alternativo al capitalismo un aporte teórico de gran valor en las condiciones del siglo XXI es el realizado por el político e intelectual Antonio Gramsci, quien retomando el sentido político y filosófico de Marx y al mismo tiempo resignificándolo introduce el concepto de *Estado ampliado*. Eso implica sentar las condiciones materiales para pasar de un *Estado restringido* —gobierno, policía, fuerzas armadas y burocracia— a un *Estado pleno* en la que el Estado se va diluyendo en la sociedad y avanzando a ese semi-Estado o comunidad sobre la que Marx y Engels reflexionan. Por consiguiente, la edificación de una sociedad de productores libres —como afirmaba Marx— es cambiar radicalmente la gestión en la perspectiva, que nunca hay que perder, del comunismo. Es decir, si la ecuación del neoliberalismo es *cada vez menos Estado y cada vez más mercado* —como el espacio idealizado que encubre las relaciones sociales antagónicas producidas por el capital— la ecuación emancipadora será más bien *cada vez menos Estado, cada vez más comunidad*.

Es poco probable que existan condiciones favorables para reintentar un capitalismo latinoamericano autónomo y muchos menos tener como sujeto de ese proyecto a una burguesía latinoamericana. La realidad concreta se encarga de dar mayores elementos que las que pueden aportar las buenas intenciones. Lo que quizá es inevitable es que el *bloque nuestroamericano-indígena-popular* se vea obligado a transitar, bajo su dirección, por formas de organización capitalista hacia el horizonte socialista, más aún en una transición anunciada como mucho más larga a la imaginada por los clásicos.

En los últimos diez años (2004-2014) varias iniciativas han sido tomadas a partir de un nuevo concepto de integración y unidad. Hay en construcción un paradigma que está orientado a superar al paradigma predominante construido en el imaginario colectivo en siglos. Estados Unidos ya no es el centro articulador de los sueños, las esperanzas y las perspectivas de los pueblos y los Estados de América Latina y el Caribe. Para alcanzar esa meta, que se presenta más como una necesidad histórica que una mera idealización, los Estados y pueblos de América Latina y el Caribe están obligados a acelerar procesos de integración y unidad política desde la perspectiva Sur-Sur. Hay mucho de donde partir.

El primer paso se dio en diciembre de 2004 en La Habana, donde el comandante Fidel Castro —el líder histórico de la soberanía, dignidad y revolución nuestroamericana— y el comandante Hugo Chávez, pusieron en marcha el ALBA, a la que luego se sumó Bolivia con Evo Morales, el primer presidente indígena de todo el continente. Posteriormente se sumaron Nicaragua, Ecuador y otros países del Caribe.

A diferencia de otros acuerdos o proyectos de integración, el ALBA no tiene un enfoque unidimensional en torno a lo económico-comercial, sino que más bien, como afirma el estudioso Luis Suárez, posee un carácter multidimensional. Es por eso que se pueden encontrar acuerdos que involucran a la educación, la salud, la cultura y la ciencia. Por lo demás, acuerdos de intercambio comercial, asistencia técnica y financiera se han desarrollado a pesar de la precaria institucionalidad, aunque hay que admitir que con escasa gravitación, lo cual es el talón de Aquiles y el gran desafío a remontar ahora que nos acercamos a los 10 años de vida.

Un segundo paso se ha dado cuatro años después. Altamente significativa ha sido la constitución de la UNASUR, el 23 de mayo de 2008, y

luego, como parte de ese esfuerzo, del Consejo Sudamericano de Defensa. Todavía hay mucho por recorrer, pero las perspectivas son alentadoras. De hecho, el papel de UNASUR en septiembre de 2008 fue de gran valor pues ayudó al pueblo boliviano a conjurar un golpe cívico-prefectural que tenía el propósito de dividir al país en dos y de incluso asesinar al presidente Morales. También ha jugado un rol de gran importancia al reaccionar rápidamente cuando un golpe de Estado, bajo la forma de motín policial, se desarrolló contra el presidente ecuatoriano Rafael Correa en octubre de 2010. Por lo demás, hasta que no termine de cuajar un foro político regional que dispute con la OEA sentidos de la historia, lo que aparece como potencial con la CELAC, ciertamente UNASUR se presenta como el foro subregional más importante para la resolución pacífica de controversias en Sudamérica y que puede ponerle ciertos “candados” a la militarización que Estados Unidos impulsa a través de Colombia en esta parte de Nuestra América. La decisión de UNASUR de declarar al territorio sudamericano como zona de paz ha representado un paso importante, aunque al mismo tiempo no desconoció el convenio bilateral que Colombia y Estados Unidos hicieron para instalar bases militares en el país sudamericano.

El tercer paso se dio con el nacimiento de la CELAC. Sus orígenes más próximos están en febrero de 2010, cuando en México se realizó la Cumbre de Unidad de los Estados de América Latina y el Caribe, que culminó con la decisión de avanzar hacia la construcción de una organización regional sin la participación de Estados Unidos y Canadá. El proceso de conformación de la CELAC, sin Estados Unidos y Canadá, pero también sin España y Portugal, no ha tenido hasta ahora grandes dificultades y ha sido en diciembre de 2011 cuando este sueño latinoamericanista se ha concretado. El lugar, Caracas.

Lo que ocurrió allí no hubiera sido posible, sin embargo, sin la confluencia de varios factores objetivos y subjetivos, cuya forma de articulación política es el resultado del reconocimiento de pensar-vivir-sentir Nuestra América a partir del origen común de sus miembros, de los problemas comunes que la sacuden, de las amenazas comunes que la acechan y de la pluralidad intergubernativa que expresa cada uno de los países de esta parte del continente.

La Cumbre de la CELAC en Cuba, en enero de 2014, ha sido fundamental por las resoluciones que se tomaron en términos de América Latina y El Caribe como territorios de paz y la articulación de iniciativas

para erradicar la extrema pobreza y coadyuvar al diseño de una nueva arquitectura financiera.

En síntesis, un vigoroso resurgimiento del latinoamericanismo —que recupera las rebeliones indígenas, las luchas por la independencia y el heroico ejemplo del triunfo y la resistencia cubana, además que da cuenta de renovados liderazgos en Bolivia, Venezuela, Brasil, Nicaragua, Ecuador, Argentina y Brasil— da paso a la fundación de la CELAC y a los sueños de alcanzar la plena emancipación. El nacimiento de la CELAC ha sido un parto histórico. Su proyección —en medio del imperialismo más grande que haya padecido la humanidad— será una hazaña histórica.

De la iniciativa estratégica al equilibrio estratégico

A pesar de que la mayor parte de los países de América Latina y el Caribe tienen gobiernos de izquierda y progresistas, la fuerza de la ola revolucionaria de la última década y media da señales de cierto agotamiento, por lo que se hace necesario sentar condiciones favorables para arrancar una nueva oleada que defienda lo conquistado y profundice el camino hacia un horizonte emancipador de los pueblos y la naturaleza.

El desafío no es nada fácil. Ya poco antes del fallecimiento del presidente Hugo Chávez se percibía una relativa desaceleración de la tendencia hacia la izquierda en la región. Es más, aún incluso sin que la izquierda haya perdido el gobierno donde lo ganó, hay varios hechos que demuestran que se ha pasado de la *iniciativa estratégica* al *equilibrio estratégico*. En la primera fase se lograron grandes conquistas; en la segunda, la defensa de lo conquistado se presenta como lo fundamental.

Tres parecen ser los factores que explican la desaceleración y que están dialécticamente relacionados:

En primer lugar, hay un retroceso en el nivel de desarrollo de conciencia de los sujetos sociales y políticos, que después de un gran momento de protagonismo en su condición de sujetos históricos, devienen en actores interesados más en sus intereses particulares que en su visión universal. Hay una pasividad o confusión frente a la envergadura de las tareas históricas, aun en los países donde hay procesos revolucionarios. Los foros sociales han perdido su capacidad de generar mejores y mayores ideas para luchar contra las clases dominantes en aquellos países donde

la izquierda no ha accedido al gobierno o no ha conquistado el poder. A eso hay que agregar las grandes dificultades que enfrentan los pueblos y la izquierda que no está en el gobierno para construir unidad y revertir el poder de la derecha, que es más dominación que dirección. Mucho menos existe un sujeto nuestroamericano capaz de presionar y trabajar para que los Estados-Nación —configuraciones restringidas— pasen a su condición de Estado Plurinacional Continental —configuración amplia—.

Segundo, sobre la base de la disminución de la densidad de la movilización y el protagonismo social, pero también desde cierta fetichización del poder, los gobiernos de izquierda avanzan y obtienen conquistas a partir de la sola intervención desde el Estado. A veces son parte de la solución pero también del problema. Los gobiernos son los grandes autores y actores de muchas conquistas de los últimos cinco años, pero también tienen algo de responsabilidad de la pasividad social. Así, la conquista y ampliación de la hegemonía se produce solo por fuerza de la iniciativa desde el Estado o el menos con poco protagonismo desde los organismos privados de la sociedad civil, siempre en disputa.

La combinación de ambos factores se traduce en un menor grado de articulación de los mecanismos alternativos de integración y foros de concertación política como el ALBA, la UNASUR y la CELAC. Hay una suerte de pausa entre lo que se dice y lo que se hace, aunque lo acumulado en década y media todavía da un margen bastante importante de ventaja a favor de las fuerzas sociales y políticas revolucionarias.

El desarrollo contradictorio de los dos anteriores datos de la realidad se registra al mismo tiempo, como tercer factor, en medio de una contraofensiva imperial que combina las acciones más o menos conocidas de la última década —subversión ideológica, como es el caso del ZunZuneo contra Cuba y otras acciones similares contra Bolivia y Ecuador— con otras de nuevo tipo que, por razones de espacio, se pueden agrupar en dos: a) la activación de la Alianza Pacífico, un proyecto —como afirma la investigadora Lourdes Regueiro— al que se lo puede calificar como el “ALCA plus”, y b) un nivel de agresión contra la Revolución Bolivariana que condensa los métodos empleados contra Cuba, Chile y Nicaragua, con el dato adicional de una sistemática agresión mediática.

Un necesario apunte por su importancia en las futuras luchas en la región. De todos los procesos revolucionarios y progresistas que se desarrollan en la región, el boliviano se presenta como el más fortalecido en la actualidad. La revolución liderada por Evo Morales conquistó en octubre pasado un holgado triunfo electoral, aunque, sin embargo, la consolidación de su irradiación hegemónica estará en dependencia de un nuevo grado de aceleración de los movimientos sociales que, salvo pocos momentos, también dan señales de cierto retorno a sus particularismos.

Los desafíos

Pero la profundización de esta tendencia emancipadora desde los gobiernos está en dependencia de que la contradicción *¿alternativa o reciclaje?* sea resuelta satisfactoriamente a favor de la primera. Todo dependerá de la capacidad que la izquierda, dentro y fuera de los gobiernos, tenga para ir superando la lógica del capital, de construir una relación de fuerzas favorable, de edificar un nuevo tipo de poder y de avanzar hacia una organización de la vida social radicalmente distinta a la capitalista.

Estados Unidos se esforzará para revertir la correlación de fuerzas en la región que hoy, a pesar de todo, le es desfavorable. También duplicará sus esfuerzos para acabar, como lo ha querido hacer con esfuerzos como el ALBA y UNASUR, con la CELAC. Para eso está tomando varias iniciativas.

Una es la llamada Alianza del Pacífico, en la que bajo el argumento de la integración, se pretende retomar las aspiraciones del fracasado ALCA. De hecho, los países que le dieron nacimiento oficial —Chile, Perú, Colombia y México, con la participación en calidad de observadores de Costa Rica y Panamá— son los que desde hace más de una década tienen Tratados de Libre Comercio con Estados Unidos, por lo que si bien es todavía prematuro pensar que vayan a tener mejores resultados de los obtenidos hasta ahora, no hay que dejar de tomarle el apunte y seguimiento a la intencionalidad política estadounidense que hay en marcha, para darle energía a la ola de reprivatización neoliberal cuestionada por varios países, retomar su presencia política ahora debilitada y reforzar su accionar militar en permanente expansión.

En ese cuadro actual de relaciones de fuerza en la región, todo lo que vaya a pasar en adelante adquiere un carácter estratégico. Pero el avance hacia el horizonte emancipador requiere de algunas premisas:

Primero, de la defensa articulada de los gobiernos revolucionarios y progresistas ante las diversas formas de agresión de los Estados Unidos y del capital. Los casos de Venezuela y Argentina se presentan como los más ilustrativos de lo que la restauración conservadora está dispuesta a hacer. La patria de Bolívar y Chávez es un actor geoestratégico en la región y Argentina es un pivote también.

Segundo, de la profundización de los procesos revolucionarios de Bolivia y Ecuador, cuyo aporte a la causa de los pueblos subalternos de la región y el mundo es de importancia histórica y estratégica. El aporte de Bolivia a las luchas en América Latina es fundamental pues hasta ahora es un espacio de articulación de los horizontes emancipadores de los pueblos indígenas sintetizados en el Vivir Bien y del proyecto y la tradición socialista de los trabajadores.

Tercero, del reimpulso y profundización de los mecanismos alternativos de integración y foros de concertación política (UNASUR, ALBA y CELAC) y de otros ya existentes que, como el MERCOSUR, se tornan estratégicos para la integración intra y extrarregional. Hay que pasar de la integración política, que no es poco, a la integración efectiva en lo económico y comercial. Todos esos mecanismos deben servir para construir las bases materiales de la revolución latinoamericana y el Estado Plurinacional Continental.

Cuarto, del respaldo a los Diálogos de Paz para la salida política al largo conflicto armado en Colombia. La emergencia política y social en ese país se proyecta estratégica para la región y puede insuflar una nueva energía a las luchas latinoamericanistas.

Quinto, de la consolidación de la actualización del modelo económico cubano. Cuba seguirá siendo referente político e ideológico de la revolución. Cuba ha sido y seguirá siendo factor fundamental en la integración y unidad latinoamericana.

Una cosa es clara. Las dos olas emancipatorias anteriores —rebeliones indígenas contra el invasor europeo entre los siglos XV y XVII, y la lucha de los próceres de la independencia a fines de los siglos XVIII y en la primera cuarta parte del siglo XVIII—, no prosperaron por las divisiones internas, por la falta de cohesión política y la sumisión al imperio de turno. No hay posibilidades de romper la ecuación domi-

nación/subordinación mientras el capitalismo continúe y, sobre todo, mientras el imperialismo siga pretendiendo regular y controlar la vida de nuestros pueblos. Por lo tanto, en la teoría y práctica emancipadora estamos obligados a ampliar nuestros conceptos y uno de ellos es pasar del concepto reduccionista de desarrollo —que solo hace referencia a cambio para el ser humano— al concepto amplio de vida —que es pensar en la especie humana y la naturaleza. Pero sobre todo no hay posibilidades de triunfo si los procesos progresistas y revolucionarios de Nuestra América no se radicalizan.

La radicalización de los procesos revolucionarios y progresistas de Nuestra América dependen, sin embargo, de pensar-sentir-vivir desde la historia larga, de enriquecer la teoría y práctica emancipadoras recogiendo los aportes de las rebeliones indígenas desde hace más de cinco siglos, de incorporar las valiosas lecciones dejadas por las luchas independentistas del siglo XVIII y XIX, de estudiar los aportes de la Revolución Cubana, de asimilar los elementos positivos del movimiento guerrillero de la década de 1960 y de sistematizar las grandes contribuciones de las resistencias al neoliberalismo. Pero esto implica, a la vez, dos requisitos indispensables y un número igual de escenarios. Por un lado, enriquecer la teoría de la revolución social de fundamento marxista como nos dice el politólogo cubano Roberto Regalado y, por tanto, avanzar hacia la elaboración de una teoría de la transición en las condiciones del siglo XXI que tome en cuenta a las tres que la preceden —dos en Europa, de los siglos XIX y XX con Marx y Lenin respectivamente, y una en América Latina concebida y desarrollada a partir de la Revolución Cubana—. Se trata de encontrar una relación de correspondencia entre lo que dice y se hace, entre la teoría y la práctica. Regalado lo plantea de la siguiente manera: No se trata de recuperar el marxismo y leninismo para construir una “nueva URSS”, una “nueva China”, una “nueva Corea”, un “nuevo Vietnam” o una “nueva Cuba”, sino una nueva América Latina. La filosofía de la praxis aplicada en la América Latina del siglo XXI tiene, necesariamente, que producir resultados novedosos.

Esto a su vez tiene dos escenarios: desde la sociedad civil con perspectiva emancipadora, llámese movimientos sociales, sindicatos y otros, pero también desde los gobiernos y estados que han sido “copados” de distinta manera por los pueblos en los últimos años. En aquellos países en los que las clases subalternas se han elevado en cierto sentido a su condición de clases dominantes, sería un crimen desaprovechar esa

posición para profundizar las luchas emancipadoras contra la dominación. La lucha es por lo tanto “desde abajo” y “desde arriba”. Y, finalmente, “desde adentro” y “desde afuera” en términos de que la emancipación será construida en cada formación social específica pero también en el continente. De otra manera no es posible.

Las posibilidades de salir victoriosos de esta tercera ola emancipatoria son altas. Todo dependerá de la capacidad de unidad en la diversidad que Nuestra América tenga en el presente y que los procesos de avanzada recorran con éxito los complejos caminos de la transición, cuyo período anticipa ser mucho más largo de lo pensando por los clásicos. Las teorías y experiencias de transición en el siglo XIX en Europa —con Marx— y las desarrolladas en el siglo XX en la desaparecida URSS —con Lenin— y en Cuba —ahora en proceso de actualización de su socialismo— son referencias importantes pero altamente insuficientes para encarar los grandes desafíos del siglo XXI por distintas razones: cada cierto tiempo tienen que legitimarse en pesados actos electorales, enfrentan un bombardeo sistemático del aparato mediático, existe una visión cortoplacista de las autoridades y la gente para atender los problemas estructurales de la pobreza y la injusticia, entre otros. Sin embargo, tan válidas son las palabras del Che, quien en el siglo XX sentenció: “en una revolución, si es verdadera, o se triunfa o se muere”.

¿En torno a qué agenda lograr una nueva aceleración?

En realidad, se trata de organizar la Agenda de la Patria Grande desde dos perspectivas articuladas:

Primera: la agenda inconclusa del siglo XX, que pasa por la salida soberana de Bolivia al Pacífico, el cese del bloqueo contra Cuba, la devolución de las Islas Malvinas a la Argentina, la superación colonial de Puerto Rico y la solución del conflicto armado colombiano. Solo así América Latina y el Caribe será escenario de paz.

Segunda: la agenda del siglo XXI, que implica: la erradicación de la extrema pobreza y la pobreza moderada a través de acceso universal a los servicios básicos, salud y educación gratuitas y seguridad alimentaria con soberanía; el impulso de una nueva arquitectura financiera que conquiste la desdolarización de la economía latinoamericana; un aprovechamiento de los recursos naturales bajo control estatal en armonía con la Madre Tierra y la convergencia con estados y pueblos de otras partes del planeta para construir un nuevo orden mundial para Vivir Bien.